

COSAS DE ANTAÑO

El Rey Alfonso XIII y Lerroux

PAGINAS DE MI ARCHIVO

Por NATALIO RIVAS

De la Real Academia de la Historia

LA entrevista que celebraron el Rey Alfonso XIII y Alejandro Lerroux en el bosque de El Pardo el 12 de noviembre de 1918, está todavía absolutamente inédita. No sólo no se ha publicado, sino que en aquellos días fueron escasísimas las personas que tuvieron noticia de ella, y, de las que vivimos aún, las que la conocieron se pueden contar con los dedos de una mano. Yo la supe por el propio Lerroux, que me la relató a las veinticuatro horas de haber tenido lugar. Era para él sustancial que quedara reservadísima porque la malicia humana, que pica algunas veces en los espíritus más nobles y generosos, podía infundir recelos en sus amigos políticos que acaso sospecharan acuerdos y connivencias entre el soberano y el caudillo radical.

A mí me lo confió porque nos vinculaba desde muy jóvenes una amistad tan íntima que casi rebasaba la fraternidad. Además, le interesaba que quedara consignada en mis Memorias.

Entre el monarca y Lerroux no había mediado relación alguna. Solamente dos años antes, en 1916, como tuviera una avería

el automóvil del jefe republicano en la carretera que conduce a La Granja, acertó a pasar el rey y, al ver un coche parado y que los ocupantes maniobraban para reparar un accidente, se detuvo, a pesar de haber visto a Lerroux, y preguntó si necesitaban algo. Alejandro se adelantó sombrero en mano y le dijo: «Señor, muchas gracias, no nos hace falta nada.»

Y vamos a la conferencia, que fué interesantísima.

En la noche del 11 de noviembre, que ya se sabía afirmativamente que había terminado la guerra europea con el armisticio que puso fin a la contienda, fuimos mi inolvidable y llorado amigo Santiago Alba y yo al Palace Hotel con objeto de cenar y hacer comentarios sobre tan importante acontecimiento.

Encontramos al llegar que todos los salones estaban plenos de concurrentes. Lo más distinguido de las colonias inglesa, norteamericana, francesa, belga y portuguesa estaba reunida y entregada al más franco y alborotado júbilo. Marchamos en busca de un rincón donde aposentarnos en el comedor y, antes de llegar, nos cruzamos con Lerroux, que, paladín entusiasta de la causa de los aliados, era objeto de los mayores rendimientos de gratitud. Al verme, me dijo en voz muy baja —yo oía entonces bien—: «Pasado mañana vé a verme porque he de comunicarte algo muy interesante y curioso.» Como no habló más, quedé sin suponer cuál sería el asunto de que había de hablarme. Y más me intrigó que me rogara que no dijese nada a Alba ni a nadie.

Estuve cuarenta y ocho horas con la imaginación en prensa, pero ni remotamente pude colegir nada. Deseaba que volara el tiempo.

Cumplido el plazo llegué a casa de Lerroux, y prefiero que hable él para darle más autenticidad a la narración, la cual es exacta porque la escribí apenas llegué a mi domicilio. Habló así: «Te vas a asombrar de lo que vas a oír, que solamente a ti te lo cuento, porque conviene que quede reservadísimo. Anteayer estaba yo en mi despacho al filo del mediodía y entró una de mis criadas, diciéndome: «Don Alejandro, el señor conde de Grove ha entrado en el jardín por la puerta que da a la cochera y de-

sea verle.» Creí que la muchacha se había puesto loca. No me cabía en la cabeza que dicho señor fuera a verme, no sólo por ser la persona de más confianza del rey, sino también porque siendo hombre tan religioso y yo laico, había de mirarme como a un réprobo. Insistió la fámula en que era el conde de Grove y, entonces, todavía desconfiando, marché a la cochera para cerciorarme de la verdad. Y, en efecto, allí estaba el conocido palatino. Le mostré mi extrañeza ante su visita y sobre todo le dije por qué no había entrado por la puerta principal. El me contestó que lo había hecho por no llamar la atención de los transeúntes, siendo como era privado el motivo que le llevaba a mi casa. Le rogué que me siguiese a través del jardín, y, una vez en mi despacho, le pedí que me manifestase el objeto de su visita. Nos sentamos y me habló en la siguiente forma: «Vengo por encargo de S. M. el rey, que me ha ordenado le diga que desea conversar detenidamente con usted, y ahora le indicaré la manera de celebrar la entrevista.» «Mucho me honra el jefe del Estado—le dije—con desear hablarme, pero usted comprenderá que este encuentro me puede comprometer seriamente. Si llegara a conocimiento del público, nadie creerá que yo tenga la loca pretensión de hacer republicano al monarca, pero sí pueden sospechar que él me lleve a la Monarquía.» «Puede usted tener la seguridad —me replicó— que esto quedará en el más absoluto secreto. Aquí traigo un plano de El Pardo —y mostrándomelo, añadió—: y en esta plazoleta, situada en medio del bosque —y la señalaba— estará S. M. mañana, a las doce del día, sin más acompañamiento que el chofer de más confianza. El rey esperará dentro de su automóvil. Están adoptadas todas las precauciones posibles para que nadie aparezca por aquellos lugares.» Temeroso de que creyera que yo rehuía el encontrarme con el rey, accedí y quedó concertado que acudiría puntualmente a la cita. En efecto, a la hora convenida llegué en mi automóvil al sitio designado y allí estaba el rey dentro de su auto. Me recibió muy afectuosamente dándome las dos manos: «Mucho le estimo que haya acudido a mi llamamiento. Ya me ha dicho Grove los escrúpulos que sintió usted para venir y me los

explico perfectamente. Todas las medidas están adoptadas para que ninguna persona nos vea; solamente algún cazador furtivo y audaz puede andar por el contorno, peso eso no dudará usted que es inevitable.» «Señor —le contesté yo—, he agradecido a V. M. haya tenido la bondad de querer escuchar mis opiniones, y por ello, y porque en acceder a sus deseos creo cumplir un deber, he aceptado su honrosa invitación. Comprendo bien el único riesgo de que seamos vistos, pero, si sucediera, yo sabré salir del apuro, que de otros muy difíciles he logrado quedar airoso.» Entré en su auto y dando vueltas por las avenidas del bosque estuvimos hora y media aproximadamente. Hablamos de todo cuanto podía afectar interés público. Me preguntó cuanto quiso y yo procuré contestarle lealmente, sin omitir nada y guardándole en todo momento los respetos debidos a su alta jerarquía de Jefe del Estado. Me escuchó amable y cortés; discutimos sobre muchos temas en los que nuestro criterio discrepaba, pero siempre dentro de los términos más cordiales. Tratamos de todos los problemas: financiero, internacional, Marruecos y cuestiones sociales y políticas. Todo fué examinado detenidamente. No te puedo detallar tan larga conversación, porque sería interminable el relato. La impresión que me ha quedado de tan interesante conferencia ha sido gratísima. Es hombre extremadamente simpático y atrayente, inteligentísimo y enterado de todo, aunque sin profundidad, y, al parecer, deseoso de acertar. Tuvo palabras muy agradables para mí, manifestándome, con lo que me hacía justicia, que yo era el único republicano que no le había injuriado personalmente, y que la reina, su madre, que sabía que nos habíamos de ver, le había dicho lo mismo. Al despedirme le dije, sintiéndolo con la mayor sinceridad, estas o parecidas palabras: «Señor, voy muy agradecido a las bondades de V. M., y le aseguro que así como atacaré sin tregua a la institución monárquica, para la persona del rey tendré siempre la mayor consideración y respeto.» Así terminó tan singular encuentro, y no puedo negar que si todos los españoles hablaran con él con alguna detención, serían muy raros sus enemigos personales.»

No volvimos a hablar Lerroux y yo de este asunto, que quedó



S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

en el más absoluto secreto. Ni él lo reveló a nadie ni yo tampoco.

Transcurrió el tiempo, y a los cuatro años, el 1922, el 17 de diciembre, pronunció un discurso en el salón columnario de la Lonja de Valencia, y en él, al tratar de los desgraciados sucesos de Annual en Marruecos, atacó al rey violentamente, haciéndole responsable de la catástrofe. Esa fué la versión que dieron los corresponsales de la prensa en los telegramas. Al leerlos me indigné. Recordé la promesa que espontáneamente hizo al rey y me pareció su conducta incorrecta y desleal. En aquellos días me acompañaba casi todas las noches en mi casa para jugar al tresillo mi inolvidable amigo Emilio Santa Cruz, diputado a Cortes, radical, por el distrito de Castellón de la Plana, y, por consiguiente, correligionario de Lerroux. Al llegar en aquella velada le dije: «¿Va usted a ver mañana a Alejandro?», y como me contestara afirmativamente, le rogué que le manifestara de mi parte que el discurso de Valencia me había parecido muy mal. Como yo no le revelé el motivo de mi censura, tuvo la discreción de no preguntármelo. Debí cumplir mi encargo, porque a los pocos días recibí de Lerroux la siguiente carta autógrafa, que guardo en mi archivo:

«Madrid, 31-XII-22, a 11 noche.

Querido Natalio: al pasar de un año a otro te saludo, te abrazo, te quiero como siempre y te deseo con todos los de tu casa salud, paz y felicidad en el 23 y en los sucesivos. Me han dicho que no te gustó mi discurso de Valencia. ¡Qué lástima! Pues mira, me salió muy bonito. No puedo creer que no hayas conocido la necesidad de ese acto y la conveniencia de realizarlo, tanto para mí como para ti, es decir, para vosotros; no os he podido hacer mayor favor a los liberales que ponerme en condiciones de que me utilizéis un poco, como Sagasta a Ruiz Zorrilla, salvadas sean las distancias y sin desacato. No nos veremos quizá, porque yo salgo el 2 para Barcelona, donde se incuban nuevas vergüenzas para la Patria. Nos veremos a la vuelta. Adiós.—*Alejandro.*»

Regresó de su viaje, y seguidamente le visité. Como desde la juventud fuimos íntimos, sabía yo que su espíritu era noble y generoso, por lo cual me dolía doblemente lo que le atribuían los

periodistas. Le reconvine con severidad, porque el vínculo que nos unía me autorizaba para ello, y me contestó que los corresponsales no habían transmitido con fidelidad sus palabras. El lo que había dicho era que el rey carecía de fuerza para remediar nuestros males, lo cual excluía la intención de producirlos, y que en otro discurso que iba a pronunciar en Alicante procuraría que quedase bien claro, porque él no quería faltar al ofrecimiento espontáneo que había hecho al Monarca. Y, en efecto, lo cumplió, porque el 4 de febrero habló en el Teatro Principal, de Alicante, y afirmó terminantemente que el problema de Marrucos era superior a las facultades que la Constitución otorgaba al Rey, y para neutralizar este aspecto relativamente favorable pedía la abdicación, para someterse a un plebiscito. No me satisfizo del todo; pero al menos quedaba borrada la violenta acusación de responsabilidad personal que formuló en Valencia.

Había yo sido nombrado Presidente del Consejo de Instrucción Pública por el Gobierno que formara el Marqués de Alhucemas, después de pronunciado por Lerroux el discurso de Valencia, y como era costumbre, fuí a Palacio a dar las gracias al Rey por el nombramiento. Don Alfonso, al que debí atenciones que nunca se borrarán de mi gratitud, me trató como siempre, con el mayor cariño. La conversación, que fué detenida, tuvo un diálogo interesante, que surgió como consecuencia de unas palabras del Monarca. Este me dijo: «¿Estás satisfecho con el puesto que te han asignado?» «Señor —le contesté—, satisfechísimo, porque lo considero superior a mis méritos.» «Yo creía —me replicó— que habrías vuelto a ser Ministro en el Gobierno que acaba de constituirse.» «Señor —le dije—, no era posible. Como sabe V. M., yo pertenezco al partido que acaudilla Alba. Con ese título fuí Subsecretario de Instrucción Pública con el Ministerio Nacional y después representante —como Ministro del mismo departamento— de mi sector político en el que presidió Allendesalazar. Ahora era justo que otra persona representara a mi comunión política.» «Te decía que creí que lo serías en esta ocasión porque habrías podido prestar un señalado servicio.» «Señor, V. M. es muy bondadoso

conmigo al creer que podría ser tan útil como la benevolencia del Rey supone.» «Creo eso porque como este Gobierno se ha formado algo prematuramente, sin haberse suavizado de antemano las diferencias que separan a los grupos, tú, que eres amigo de todos, habrías podido ser, en algunos momentos, un aglutinante que evitase discordias. Tus amistades son tan generales, que hasta Lerroux es íntimo amigo tuyo.» Aprovechando esta indicación, le dije: «Ya que nombra V. M. a Lerroux, me permito decirle que el discurso que ha pronunciado en Valencia recientemente, en el que ha atacado personalmente a V. M., me ha parecido muy mal y así se lo he manifestado a él.» Yo no podía mostrarme enterado de la conversación que habían mantenido, y por eso añadí: «Como yo he escuchado a V. M. repetidas veces elogiar su talento y el respeto que ha guardado siempre a la persona del Rey, no he vacilado en censurárselo duramente.» «Pues mira, a mí no me ha ofendido el discurso; lo que sí me ha producido es extrañeza, y cuando salgas de aquí le vas a ver y decirle de mi parte lo que te he manifestado y, además, que soy tan radical como él, pero en español, muy en español.» Debo confesar que no me expliqué el sentido de estas palabras.

Salí de Palacio y marché a casa de Lerroux. Le transmití el recado del Rey, y me dijo: «Cuando le vuelvas a visitar, si te pregunta qué he contestado, le dices que cuando yo pedí la abdicación no me expliqué bien. Mi verdadero criterio es el que él debía convocar un plebiscito para que la nación expresara libremente si estaba conforme con que ocupe el trono, y que ante una postura tan gallarda, el pueblo español, que gusta de tales gestos, le otorgaría una gran mayoría, y entonces los que no somos monárquicos, pero sí respetuosos del voto popular, podríamos patrióticamente, sin abandonar nuestras ideas, gobernar con él. Porque ya no sería un Rey, hijo solamente del derecho patrimonial, sino un elegido por el país.» Yo le contesté que tenía que pensar detenidamente si podría o debía comunicar al Rey su respuesta.

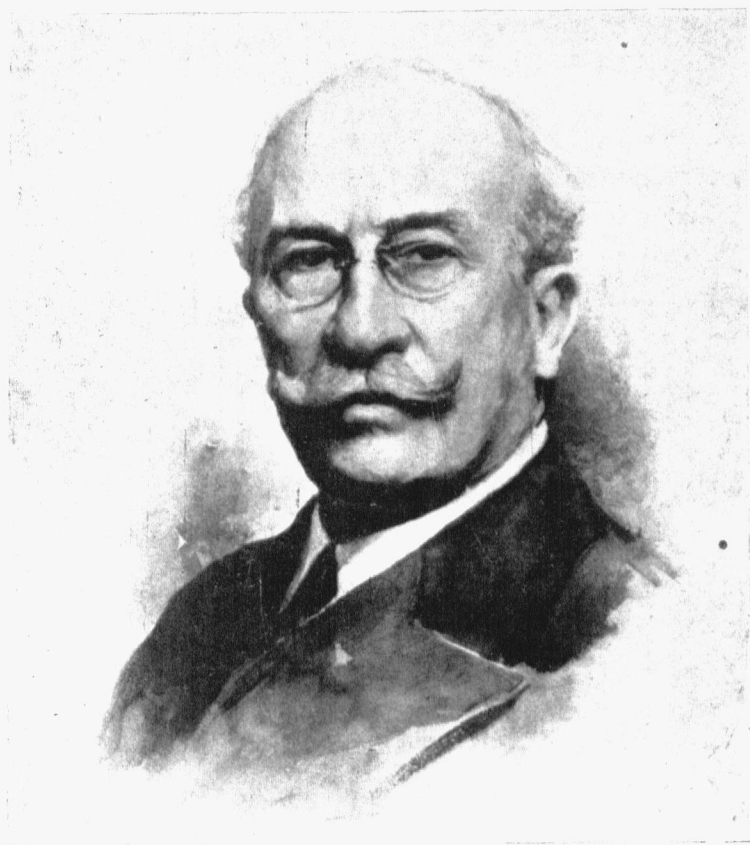
Mis hombres de consulta eran, en materia política, Santiago Alba, por ser mi jefe y fraternal amigo, y Sánchez Guerra, que

a pesar de que nunca fuimos correligionarios, me vinculaba con él una vieja e íntima amistad. Pregunté a los dos su parecer, y ambos rotundamente me aconsejaron que de ningún modo fuese portador de aquel mensaje, porque en el oído de los reyes tal solución suena muy mal. Yo dudaba, porque a la vez que comprendía que tenían razón, mi conciencia no me permitía engañar al Rey —al que siempre dije la verdad— si me preguntaba por la contestación de Alejandro. Dios quiso que no me volviera a hablar del asunto Don Alfonso, porque seguramente habría optado por no ocultarle nada, aunque ello le hubiera enojado.

Reflejo de la conversación de Lerroux con el Rey fué un episodio acontecido en Salamanca en la visita que los Reyes hicieron a dicha capital con motivo de las fiestas celebradas en honor de Santa Teresa de Jesús en los primeros días de octubre de 1922. Uno de los festejos fué el *lunch* que el Ayuntamiento ofreció a los Soberanos. En dicho acto, entre el Monarca y el Alcalde, señor Anaya, amigo político de Lerroux, tuvo lugar un diálogo muy interesante. Hablaron del discurso que recientemente había pronunciado en Las Palmas de Gran Canaria el caudillo radical, y el Rey dijo al Alcalde: «Lerroux está enterado y muy bien orientado en las cuestiones de política internacional. Tiene inmejorables condiciones de gobernante; no hay más que un paso, que no mermaría su prestigio.» «Si él se atreviera», expresó el Alcalde. «No precisamente en lo que usted piensa —contestó el Monarca—. Coincidimos en una cosa básica: nuestro amor a España. Animados por el mismo deseo, ¿qué puede separarnos en engrandecer la Patria? Por ella ha hecho Lerroux indudables sacrificios, y sus palabras son siempre dignas de su talento.»

Lo que acabo de escribir lo consignó don Fernando Soldevilla en el *Año Político* (tomo ... de 1922, página 316), de donde lo he copiado. Versión tan importante no fué desautorizada. De no haber sido cierta, el Gobierno se habría apresurado a desmentirla.

Yo la creo sin vacilar, no sólo porque me lo confirmaron algunos asistentes a la fiesta, sino porque concuerda con lo que es-



D. Alejandro Lerroux.

cuché varias veces al Rey y la satisfacción que habría experimentado viendo a Lerroux servir a la Monarquía.

El relato que acabo de terminar está consignado en uno de los cuadernos de mis Memorias. Lo escribí a las veinticuatro horas de oírlo a Lerroux, que lo encontró exacto y fielmente tomado.

Después, unos meses antes de morir, volví a hacer que lo leyera, y me dijo que en sus Memorias faltaban detalles por haberlos olvidado. La causa de ello consistió en que sus apuntes, que coincidían con los míos, se los habían quemado los rojos, y al rehacerlos ya no pudo realizarlos exactamente, porque le flaqueaba la memoria. Por eso en las Memorias que yo he leído después de su muerte faltan, en su encuentro con el Rey, algunos pormenores.

